

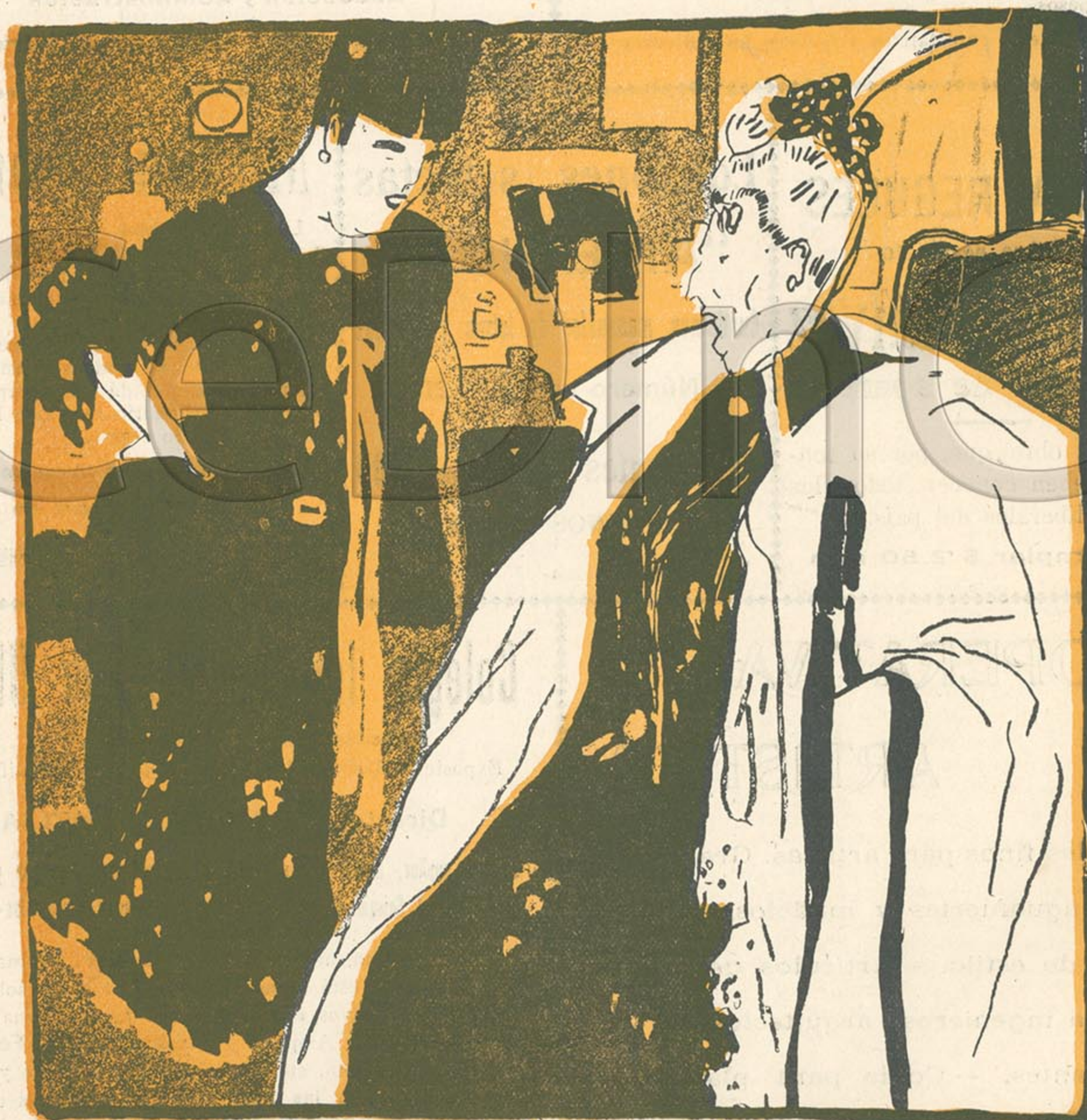
Clarín

Precio del ejemplar \$ 0.10

Buenos Aires, Enero 13 de 1920

Año I — N.º 12

Las nuevas Cornelias



Nuestras hijas en el Sacre Coeur, nuestros hijos Boy Scouts, nuestros maridos diputados, periodistas.—La patria está salvada.

Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEU UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral—y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclos intensivos de estudio.

Maipú 16

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quienes los soliciten.

Lea Vd.

NACHA REGULES

La última novela de

Manuel Gálvez

que acaba de aparecer

Es una obra que, por su tendencia, deben conocer todos los hombres liberales del país.

El ejemplar \$ 2.50 min

Ediciones selectas

“AMÉRICA”

Cuadernos mensuales de letras y ciencias

Número suelto 0,20

Av. Montes de Oca 1700

BUENOS AIRES

Máximo Gorki

La vida y la obra del gran escritor y revolucionario ruso han sido estudiadas con profundo conocimiento y admiración por Alejandro Castiñeiras en un libro que Vd. debe conocer.

El análisis de la vigorosa personalidad de Gorki ha dado ocasión a Castiñeiras para que dé a conocer el ambiente revolucionario ruso que hoy interesa el mundo entero.

En todas las librerías

a DOS pesos m/n

(Publicación de la Cooperativa Editorial. Buenos Aires)

COOPERATIVA

ARTISTICA

Materiales finos para artistas. Grabados, aguafuertes y modelos.

Marcos de estilo. - Artículos generales para ingenieros, arquitectos y dibujantes. - Copia para planos.

CORRIENTES 641-47

U. T. 2858 - Avenida

Clarín

PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEU UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

Clarín

Aparece los martes

REVISTA SEMANAL

Redacción y Administración
MAIPU 126

El periodismo

por

José M. Monner Sans

EN los extremos de nuestro campo visual aparecen los clásicos conceptos: informar, comentar. Este último verbo importa ya, por su propia función, una labor orientadora, quizás directiva. Ambos conceptos no se excluyen y, según las afirmaciones contenidas en un reciente vacuo discurso, el proceso seguido por los órganos de la prensa durante medio siglo marca hoy con su flecha una ruta precisa: hacia el objetivismo. Es decir, hacia la información que vale tanto como acumulación metódica de hechos, como ordenación noticiosa. El comentario figura ya en segundo plano. Mas, ¿puede ser éste y no otro el cauce obligado a que debe afluir el periodismo moderno?... Discutamos al respecto.

Por lo pronto, es dable observar que en esa simple labor casi registradora de todo cuanto ocurre, resulta imposible descartar el factor personal; en la información escueta—con su variable distribución de gacetas, con su jerarquía motivada por la diversa importancia del asunto, con sus omisiones voluntarias o involuntarias, con su «hinchazón» consciente o inconsciente de este o de aquel problema—ya se desliza la traicionera jugareta tendenciosa. Las cosas «se ven así» en ocasiones o «quieren hacerse ver». Espontánea o deliberadamente.

Ahora bien: al lado de dichas columnas—especie de cajón de sastre—compónense otras «hinchadas» de doctrinas, según imparcial aseveración de los plumíferos que las escriben... Pero, ¿véase allí la tan mentada doctrina? Basta conocer una redacción bonaerense para saber en qué forma, sobre el tambor, se improvisa una nota, un suelto o un editorial. El público exige que de todo se hable; de todo en absoluto... aunque no se diga nada que sea sensato. De ahí esos artículos con danzas y contradanzas en busca de un despistador equilibrio. De ahí, también, el desprestigio en que han caído sumejantes engendros. Al lector culto le está, pues, vedado tomar en serio los párrafos fofos hilvanados presurosamente, de encargo, y con obligación

taxativa de asegurar o de negar lo que el señor director manda que se asegure o niegue.

Acontece entonces que si la información es, como decimos, tendenciosa, más lo es el comentario. La pasada guerra militar demostró cómo se ocultaba lo que era adverso al bando que monopolizó el cable. La presente guerra social pone al descubierto análoga maniobra. Es fácil comprobar, por ende, que no hay tales diarios «independientes» y que es poco probable que llegue a haberlos. La razón antójase nos harto comprensible: los periódicos son explotados por empresas comerciales y, dentro de cada país, se inclinan hacia un grupo u otro de los varios que actúan en el escenario político. Por ello, acaso sean preferibles las hojas que a cara descubierta manifiestan su filiación partidista; las otras, sin hacer públicas sus preferencias o — fuera más exacto decir — sin indicar la procedencia del capital con que cuentan, alardean de independencia, subiéndose enseguida a la tarima o a la cátedra sus supuestos directores.

Pero hay algo más aún: en nuestro país la prensa juega con determinados vocablos merced a una desfachatez — ¿cómo diremos? — a una desfachatez... genuinamente periodística. Diarios conservadores, más bien reaccionarios, entonan loas al progreso, lo cual no les priva de colocar obstáculos a las fuerzas nuevas que quieren moldear la democracia del futuro sobre igualitarias bases económicas, y les induce asimismo, a olvidar su tarea más elevada: fijar rumbos a esas múltiples energías dispersas, las que, bastantes turbulentas, amenazan a veces con producir un doloroso estado caótico. Tal falta de claridad en las posiciones que se toman causa graves perjuicios a la confianza masa popular; para citar solo un caso, recurriremos al de un diario porteño que, sostenido por el gobernador de cierta provincia lejana, trata de conquistar las simpatías de los obreros de la metrópoli, aun cuando ataca el movimiento proletario que

se desarrolla pacíficamente en los dominios en que es amo y señor el sátrapa aludido.

Ahora, en lo que atañe al éxito de venta, de suscripción y de avisos de los diarios grandes, nada hay más explicable. Por una parte, contéplase la numerosa grey que aguarda para opinar a que «su» diario opine; por otra, véase el lector de cierta inteligencia que — sin dar valor ninguno a la prédica de aquellas páginas — recorre los telegramas del exterior, leyendo además, si es de mediano gusto literario, la colaboración firmada que allí se publica. Porque no hay duda de que los cotidianos argentinos están cayendo cada día en mayor descrédito. Los hombres jóvenes de la República que no aspiran a subir arrastrándose—como tantos políticos ignorantes, como tantos malejos literatos, como tantos funcionarios obtusos—conocen bien la baja sujeción a intereses creados, la mala fe, la insidia, la ausencia de cultura moral e intelectual que, en términos generales, es patrimonio bien ganado del periodismo criollo. Pero la empresa comercial fuerte sabe que con una copiosa sección de noticias es hacedero envenenar poco a poco e impunemente al resignado pueblo argentino.

Larra escribió en 1835: «Solo diremos que los primeros periódicos fueron gacetas: no nos admiremos, pues, si fieles a su origen, si reconociendo su principio, los periódicos han conservado la afición a mentir, que los distingue de las demás publicaciones desde los tiempos más remotos; en lo cual no han hecho nunca más que administrar una herencia». Conviene repetir en nuestros días las certeras palabras de «Figaro». Mas no caigamos en el escepticismo que siempre se nos achaca; corremos el riesgo de convertirnos en tristes pesimistas... El periodismo actual, en conjunto, «es» malo, pero «puedes» cumplir más adelante una útil función social. Es que negamos para afirmar, como se verá en un próximo artículo.

No te atormentes por las cosas venideras. Si necesario es, las afrontarás con el auxilio de la misma razón que te ilumina en las cosas presentes.

Marco AURELIO.

De vario pensar

Moscas de muladares

por

Arturo Vázquez Cey

PIENSO en el penitencial destino de aquellos gárrulos audaces que lograron nombradía, no por virtud de labor preciosa y de noble silencio, sino merced a los amaños con que se mintieron temibles en el orbicillo intelectual, siempre poblado de pusilánimes. ¿Qué será de ellos cuando les llegue la sazón del recogimiento en sí y del meditar en la obra consumada? Ordinariamente, entre los pseudo críticos se recluta esa laya de matantes, muy del patio de Monipodio. La fama de tales Aristarcos denostadores, ostentosa a par de estruendo de multicolor cohete, hállase a la continua en riesgo de mengua: por ahí habrá honrada pluma valiente que se resista a sufrirlos; quizá no tarden en allegarse otros perdonavidas, aposta, para disputarles el campo señoreado con malévolas armas de ditirambos y maledicencias. Y los invasores, de fijo, querrán llevar hasta el último extremo que pueda darse la prueba de lo que va de tizona a tizona matadora y de guitarra a guitarra, en contrapunto de escándalos. Suya, a mérito, es la táctica alternativa de no ser o de ser infame, a modo de mosca de muladares. ¡Y decir que esta turbia luz de mala candela de sebo está compuesta la aureola de tanta retadora gente joven! Cuando los cuitados, sí que lo son, a despecho de su jubilar y gestos neronianos, y lo que es más lastimosos, sí que sin remedio lo serán, cuentan con feliz talento, y ello dídese, dada su moral baja, puede ser rediman al amparo de bella obra vivaz, cuando les falta... En cualesquiera caso alcánzase la profecía: a hiel habrá de saberles el tornar, en las penumbras de su otoño, los ojos azados a pesquisas de mal, hacia los años que para otros fueron divinas guirnalda y verse transfigurados en la lobreguez de ellos, a semejanza de mujeres de Loth, en estatuas, mas no, lo que a suerte equivaldría, del fúlgida sal, sino de humo perdidizo y negro que al punto se va.

Al ara del Espíritu, quien sienta la vocación del sacerdocio, jamás pega por tenebrosas puertas excusadas, sino por el anchuroso pórtico de la sinceridad y del vencimiento de sí. Quien acomete, quien vocifera, no por cumplir función alguna saludable mas para atraer sobre su mezzquina figura imperceptible, la atareada atención común tiene antes de leoncillo y de tambor de feria que de humano racional. Lo bueno y entrañable hállase muy lejos de esa estrategia. Lo bueno y entrañable reside en revolverse a ser para sí, transformando cada minuto de la tragedia

En ciertos hombres, la digestión y el sexo absorben la fuerza vital, y cuanto más fuertes son estas funciones, tanto más débil es el individuo. La mayor parte de esos zánganos perecen, y es lo mejor que puede suceder a la colmena.

EMERSON.

cuotidiana en un vértice de heroísmo, a despecho de la incompreensión, de la miseria, del olvido y del no aparentar, hosedo al vulgo y al tirano, mientras el dolor pone vinagre en los labios del alma, atormentados de sed y por calle triunfal, entre aplausos de ignorantes y fariseos, pasan los héroes transitorios que consagrara la Fama venal, vestidos de púrpura, cuajada de laureles la sien que nunca en alto sueño vibró.

Las dos alas

Yerro, y común a no pocos ordenadores de sistemas morales, aduce el convertir al hombre en ente aislado, creador y ejecutor de su soberanía en orbe de acción que en un todo se desliga de la Naturaleza cuya luz deslumbró las pupilas de aquél, por vez primera abiertas, y donde será del mismo la senda de sus pasos mortales y el sepulcro. Sólo contemplan quienes de tal suerte imaginan uno de los aspectos del problema de la conducta. Tengo para mí que entraña el absurdo el desintegrar, en el plano de lo ético, al hombre del Universo. No es este el animal que concibiera el Antiguo heleno, mas sí un imponderable organismo en el que la Divinidad se manifiesta en es-

calas sucesivas. Abajo el vibrón y el lucero, en lo más alto el hombre, y por encima de él, infinitos seres invisibles. La suprema lumbré intelectual de los genios significa la culminación del espíritu latente en el aire, en el fuego, en el agua, en el vacío sideral... Todo está contenido en Dios, quien como una savia embriagadora circula en el Cosmos y en el hombre, aquel migratorio, este perecedero y superable.

Nos acompaña el ritmo de las estaciones. Nuestra carne formada íntegramente de elementos de la tierra y nuestras ideas elaboradas por la reflexión de la conciencia en la Naturaleza y la Historia, nacen, se desarrollan y mueren como las terzas rosas de los húmedos setos. Una ley única abarca a la Naturaleza antagonista y al hombre ascensional. El devenir humano y el progreso ético fincan en la comprensión de esta armonía que presupone la lucha y en la que se entrelazan la moralidad autónoma y la inmutable mecánica del mundo. No el panteísmo fatalista que contempla en la virtud y el pecado dos hechos idénticos de diverso tinte, y por incapaz de sugerir normas de acción, debilita la conducta, ni el humanismo exclusivo, negador arbitrario de la obra de la Ciencia, por cuyo tesón el Universo finalmente dominado se rendirá al espíritu, enriqueciéndolo con la totalidad de sus categorías y potencias; si esto último, divina comunión postrera, pues entonces se consumará la plena visión mística y la moral absoluta y el Universo será alcanzado como por leonina garra, por el tenaz instinto de infinito que alienta los pasos del Hombre y es a modo de su perenne y de profundis clamavi entre las espantosas visiones del caos cósmico.

No hay que salir de casa

por

C. Villalobos Dominguez

YA volvieron los delegados que fueron de la Argentina a Berna y a Washington a buscar algo de luz sobre el tremendo problema social cuya importancia y peligros se agigantan cada día. Fueron a congresos de socialistas, de industriales, del trabajo, feministas... y han vuelto con una mano atrás y otra adelante. Nada nos han traído, porque nada concreto y útil ha salido ni podía salir de aquellas reuniones de personas cuyas ideas están planteadas sobre bases falsas.

Nada, por consiguiente, han podido sacar en claro los delegados que fueron de este país a Berna y a Washington, sino es lo que sacó el negro del sermón: los pies fríos y la cabeza caliente.

Da risa leer las reseñas en que se trata de fingir que allí se ha hecho algo servible, y en las que se trata de ponderar la labor de tal delegada o tal delegado argentinos. Yo no dudo que hayan trabajado, y mucho, y de buena fe: pero sin provecho y sin ton ni son.

Da risa ver que para satisfacer los formidables anhelos de redención que palpitan en el pecho de los millones de hombres y mujeres que trabajan, y sufren y aspiran, porque presienten que está cercana la más luminosa expansión de la vida humana que jamás vieron los siglos, se nos venga des-

de ultramar con partos de montes, como lo son esas aspiracioncitas a reglamentar el trabajo de los menores, de las obreras en trance de tener familia y otras pavaditas de ese jaez.

Da risa leer que del no haber alcanzado mayores resultados que algunos votos platónicos (e inconducentes), se consuelen con la satisfacción de haber acumulado entre todos los congresistas abundante material de estudio para otros que vengan detrás... y areen. Se imagina uno (¡horror!) las pilas de publicaciones oficiales y estadísticas y memorias que esas buenas gentes habrán amontonado; pilas destinadas a ser cubiertas por el polvo, pues (debemos esperar con fervor) nadie ha de osar apechugar con tanto papelote.

No anda por ahí la cosa, ni hay que salir de casa, ni cruzar los mares, yendo a sesionar sobre nuestros problemas en lejanas tierras. Eso solo sirve para dar ganancia a las empresas de navegación.

No está la solución de ellos en los reglamentismos rebañados de los socialistas; ni en las mentecateces de la gente conservadora que cree poder atajar la avalancha con colectas y limosnitas cursis; ni en las absurdas pretensiones de los sindicalistas, que les llevan a asesinar y hacerse asesinar y arruinar y arruinarse, como lo están ha-

ciendo en Barcelona, y probablemente van a hacerlo aquí.

La solución práctica de nuestros problemas sociales sólo puede salir del Palacio del Congreso y de la Casa de Gobierno, situados en las respectivas puntas de la Avenida de Mayo.

Y en cuanto a la solución teórica e integral de los mismos, ya salió hace mucho tiempo de la mente genial de Henry George, y no hay que molestarse más en indagarla.

Ya sé que todavía no lo piensan así la mayor parte de los hombres. Pero ya cambiarán de opinión.

El que, en su fuero interno, aún no cree que la solución de toda la cuestión estriba exclusivamente en la supresión de la propiedad privada de la tierra (a lo que se puede llegar tranquila y legalmente mediante un tributo creciente), es por una de estas dos razones:

O porque no conoce debidamente los libros de Henry George (y eso tiene fácil remedio, tomándose la molestia de leerlos con atención).

O porque es «tonto de la cabeza», como dicen los vascongados. Para este mal, no conozco remedio.

Carta abierta

La Liga Patriótica Argentina

Señor Secretario de la L. P. A., doctor don Rodolfo Medina:

Con gran placer hemos visto llegar a nuestra mesa de redacción un folleto, conteniendo un discurso pronunciado por usted en la ciudad de Mendoza, al cual ha tenido la deferencia de poner la siguiente dedicatoria:

«Si CLARIN es sincero se equivoca al juzgar a la L. P. A. Lea su Director escas líneas, que son sinceras, y castigue donde pueda y a quien corresponda. ¿Cuál es el plan racional y constructivo de los que pregonan la destrucción de todo lo existente?»

Accediendo al deseo de mis compañeros de redacción, cumplo la grata tarea de responder a su gentil invitación, mas no he de hacerlo, sin señalarle antes la extrañeza que nos causa que el secretario de la Liga Patriótica Argentina pueda dudar—siquiera remotamente—de la sinceridad de los que redactamos CLARIN y, en general, de cuantos formamos el Ateneo Universitario.

No puede usted ignorar, doctor Medina, que, materialmente hablando, nuestra postura es de puro sacrificio. Sacrificio económica porque el pensar con libertad y, sobre todo, públicamente implica co'ocarse en estado de guerra con todos los detentadores del capital, con todos los indebidamente privilegiados que son, precisamente, quienes pueden dispensar a los demás prebendas y posiciones desahogadas. Usted debe saber que algunos de nuestros compañeros que trabajaban en casas de merca—almacenes, diarios, etc.—han sido víctimas de los manejos de esa asociación, aliada de la Liga, que por curiosa ironía se denomina del «trabajo». A algunos de ellos se les exigía que *cambiaran de ideas* para conservar sus puestos, a otros, simplemente *silencio*. Y usted debe, también, tener conocimiento de que ni lo uno ni lo otro consiguieron estos nuevos inquisidores, y que los que eran empleados aptos, algunos con muchos años de servicio, fueron sacrificados—en pleno siglo XX—por e' grave delito de pensar.

Y fácil es colegir que nuestra actitud, frente a las clases reaccionarias, no implica solo la pérdida de las posiciones alcanzadas, sino el renunciamiento consciente a todo acomodo ventajoso.

Tampoco puede usted ignorar los inconvenientes de índole directamente personal que nos reporta el ser tan sinceros con nosotros mismos. En ciertos momentos de triste recordación, cuando el pánico hizo crisis, tan infundada como violentamente en todos los espíritus conservadores y entró

la Liga en funciones de subpolicía, inaugurándose con aquel denigrante manifiesto en que se amenazaba con la muerte a todos los individuos «peligrosos»—a juicio de ella, claro está—sabíamos perfectamente que a buen golpe de nosotros habíamos hecho el honor de incluirnos en tal categoría.

Y digo esto del honor sin ningún sentido irónico. En aquella fecha toda nuestra labor de publicistas reduciase a la publicación bimestral de la revista «Ideas» que se ocupa preferentemente de temas de estudio y que por su precio, su carácter de bimestral, etc., tiene reducida circulación. Nunca hubiéramos imaginado que las escasas páginas que, dentro de «Ideas», dedicábamos a la crítica social, podrían haber contribuido a aumentar el terror de toda una «clase».

Esta circunstancia vino a darnos conciencia de nuestra propia fuerza y a hacernos sentir en forma imperiosa la necesidad de abrir más ancho cauce a nuestra acción. Tal es el génesis de CLARIN. Si

usted cree, doctor Medina, que CLARIN tiene algún valor ideológico, puede incluirlo en la ya larga serie de éxitos conquistados por la L. P. A., durante su breve existencia.

Aquella amenaza que, como tal, sólo consiguiera hacer pasar algunos días de angustia a más de una madre, no ha sido, pues, totalmente estéril.

Te de las páginas de CLARIN pretendemos, pues, definir nuestra actitud, ratificar nuestro pensar y nuestro sentir, aceptando el reto—a veces insolente y procaz—no sólo de ustedes, sino de todos los elementos retrógrados y reaccionarios, agrupados bajo distintos nombres para la común defensa de sus intereses, ante el peligro inminente de una sensible disminución de sus privilegios.

Compare, doctor Medina, nuestra situación con la de ustedes—componentes de una institución rica, aliada de todo lo que significa fuerza, poder, capital—y confiese si no es hasta poco inteligente dudar de la sinceridad de nuestra obra.

Muy a pesar nuestro hemos hecho esta aclaración—siempre evitamos el hablar de nosotros mismos—pero la consideramos indispensable, pues admitir la duda que usted sugiere sería entrar en el curioso catalogamiento que, en su pintoresco estilo, hiciera el digno presidente de esa institución:

«Formamos un ejército de vanguardia que actúa incesantemente para impedir que el malhechor disfrazado de agitador, que el «perverso con cara de reformista, que el «bragán simulando funciones de delegado gremial y que otros locos de verano alteren la «paz social, que nos hemos propuesto mantener, cooperando con la autoridad legítima al mismo fin».

Ahora, de acuerdo con sus deseos, he de ir anotando las reflexiones sugeridas por la lectura de su discurso. Note bien que he dicho las reflexiones, no los «castigos», según expresión suya, porque nosotros entendemos que la cuestión social ha de de-

El banquete de la paz



WILSON: Dejo a ustedes, queridos amigos, y me marcho contento y satisfecho de que con la ayuda de ustedes he conseguido implantar el orden, el amor y la paz en el mundo entero.

(de "11 420," Florencia)

cariñado con el color ambiente. Lo primordial en él es lo español y lo humano. Movido por tal tendencia, en los cuarenta y seis tomos de sus «Episodios Nacionales» trazó la epopeya peninsular moderna sembrándola de personajes vivientes y pintando esa España a la que no fuera osado trasladar el epíteto de «a de los tristes destinos», cuya agonía comenzara en Trafalgar para arrastrarse, ora lánguida, ora convulsiva hasta los días de Cánovas, sellados por tremendo desastre. ¡Todo un siglo de historia en la pujante tierra trágica que sintiera resonar los pasos forasteros de Napoleón, del duque de Angulema y del suave dinasta de Saboya! El inmenso río de hechos que se arremansa en los «Episodios Nacionales» principia como historia anovelada para terminar a modo de novela de tintes históricos, a medida que el relato se acerca a nuestros días. No hubo en la España del siglo anterior ni un Ercilla ni un Mariana. El novelista Galdós fué el poeta épico y el historiador, indiscutibles de la centuria. ¡Qué maravilla que de poeta épico y de historiador se le califique cuando no se advierte en todo el discurso de los «Episodios Nacionales» personaje, huelga mencionar a Araceli, Monsalud y Garrote, que se levanta a rivalizar con España, fatal y doliente protagonista de esta obra en que se dan el patriotismo, no poco de viril tristeza y una no declarada docencia que habrán de recoger las generaciones hispánicas de lo porvenir. Lo que podría debilitar el aserto, negando al autor de «Trafalgar» la doble aptitud atribuida, es decir, la ausencia de intrínseco acento poético y de rigurosa imparcialidad, bien es rescatado por el poder incomparable de una visión, la cual conmueve en fuerza de delineada y vibrante, a modo de diseño trazado a punta de puñal en lonja de pardo cuero. Recuérdese la descripción del sitio de Gerona que parece arrancada a una página de Luciano...

No asiste tan señera construcción la capacidad de síntesis que cuajara, pongamos por caso, en la esbelta y maciza fábrica de «Los Novios» de Manzoni, novela que en pocos centenares de páginas pone ante los ojos el fiero cuadro de la dominación española en la Italia del Norte, durante el siglo XVII, a la vez que nos da, tallados en madera para siglos, media docena de tipos de genuina estirpe itálica, y humanos hasta lo más que se pueda ser. Es que, por cierto, Galdós más que compuso novelas históricas, anoveló lo histórico, y tanto observó como imaginó. Sometiéndose él al proceso de los hechos acontecidos, en cambio de rendirlo a su particular intento de artista, forjando héroes de amplio giro psicológico y plantándolos en medio de un fluir de sentimientos e ideas universales, hubo de acumular, a veces con incierta mano, lo significativo y lo inerte, el héroe de ley y el vano figurón literario, en ámbito en que la invariada decoración histórica objetiva acentuó la cardinal monotonía del conjunto. Cuando el vasto arco de los «Episodios» se desplome, quedarán algunos trozos, no compuestos de cal para juntura, más de piedra eterna. Tales fragmentos, sino todos los hombres, los españoles los reverenciarán perennemente.

Galdós, venido tras el dulzón realismo de Fernán Caballero y Trueba, del eclecticismo romántico naturalista de Alarcón, del localismo, casi por entero exento de hondura y rebullir interior del potente Pereda, superó en instintiva capacidad psicológica al mismo Valera, quien, entre sus humos olímpicos cayera no pocas veces en deslices de diletante. Su intuición de lo anímico se manifestó la más compleja y de entraña que enlista la literatura española del siglo XIX. Así, por tal virtud, proyectando Galdós en lo histórico imaginado lo que intuyera y

observara, convirtió los «Episodios» que, bajo otra mano, pudieron haberse convertido en revuelto montón de pingajos y retales de lo pretérito en apretado haz de realidades.

Más que en esta colección, las inalienables dotes del novelista resaltan en sus numerosas novelas sueltas, escritas desde 1871 en que diera a la publicidad la «Fontana de oro» y que fuera componiendo sucesivamente, a la par de las que ordenaba en las cuatro series de los «Episodios». En ellas Balzac y Zola vierten violenta luz que un tanto amortigua el pesado cortinaje de un temperamento de fibra realista consumadamente española. Todos tienen de las tales cuenta: «Doña Perfecta», «Marianela», «Gloria», «La familia de León Roch», «La de Bringas», «El amigo Manso», «Angel Guerra», «Fortunata y Jacinta», «El doctor Centeno» y otras que dan prueba de fecundidad pasmosa y de la intrínseca vitalidad del gran escritor. Estas obras, cabales en sí, que lograran, el por qué se alcanza, difusión mundial que no acompañó a la ordenada hilera de los «Episodios», confirman el juicio de quienes vieran en Galdós el émulo ibérico de Dickens y Balzac. Bulle, hierve y reventala lo humano en esas páginas encrespadas de vida y de intención polémica. Un Dickens menos sensible y nervioso que el autor de «David Copperfield»; un Balzac más duramente dogmático y pugante, quizá mejor escritor, sin duda no tan prodigiosamente dotado del poder de crear caracteres y realidades espirituales como el gigante coforador de la «Comedia Humana», especie de Brahma del que toda la novela moderna emanara, eso es Galdós, a quien habrá siempre que representarse en actitud de lucha contra una sociedad que le fué hostil y le mereció vituperio.

Y bien la conoció, en sus aspectos ocasionados a la visión común como en sus más escondidos repliegues sólo penetrables por la mirada instintiva del psicólogo esa sociedad en la que, a modo de en ahocinado cauce, echó a rodar la poderosa vena de su inspiración realista, no librada de toques románticos, variable desde la grandiosidad épica hasta el regocijado humorismo y la sátira a par de punta de acero y tan plegadiza a la multiforme realidad, que entre los temas que elige revistan desde las prostibulares escenas de «La incógnita» hasta la lúgubre pureza idílica de «Marianela», de la que es protagonista epónima menesterosa huérfana, enamorada de su señorito Pablo Penaguilas, doliente ciego. En el alma de este morabito literario, siempre en soledad y atento a crear, se refractó íntegramente la contemporánea sociedad peninsular, ya por la vía subconciente de la habitual experiencia, ya por agencia de inquirir con que él acuciosa la interrogara. Mucho vivió Galdós, y no en vano nacido en 1848 fué coevo de una España de crisis y revueltas, propensa a macerar y tornar flexible la sensibilidad, en todo momento axcitada, de quienes se erigieran en sus observadores... De ahí la riquísima suma de tipos que alentadamente se mueven en sus páginas densas. A todos ellos el escritor los conoció o sintió con fragmentos de las muchas diversidades psicológicas que experimentara, los labró de una sola pieza. Sobre la inmensa turba, cierto es, no se yergue la titánica figura de un Goriot o un Baltasar Claës, póngase aparte la acalorada y racial Fortunata de «Fortunata y Jacinta», labrada en la viva llama del «pathos» meridional, mas el pupular del genio, de pies bien afirmados en tierra hispana, presta al tupido haz de las «Novelas» el temple indómito y el rumor de cosas de la indescriptible vida.

Pero algo más que intuición psicológica e inteligencia del ambiente alienta en Galdós. Suyo es el oficio de pensador. Sobre la cálida Panura de su arte relampaguean con-

ceptos fundamentales. Así cada una de las novelas sueltas, partiendo de «El amigo Manso» que, tengo para mí, representa, en razón de la atañadero a lo español y por su encumbramiento filosófico, el núcleo de su producción, transporta un problema moral de subida importancia. La ética pura frente a la cristiana, la oposición entre el mundo esencial y el de las apariencias, el amor de los sentidos y el amor espíritu, la posibilidad de redimir a la mujer caída, la verdad del liberalismo frente a la lobreguez conservadora y en conjunto, cifra de este novelar maniqueo, el antagonismo de la España tradicional, aferrada al dogma y al ahincamiento en sí y la España nueva entregada al culto del hecho y al anhelo de desbordar sobre el mundo, articulan las novelas del autor de «La desheredada», quien se revela como una inteligencia más robusta y pujante que trascendental y a cuyo obrar artístico sólo le faltó el estímulo de la sobriedad para ser más acabado. Y lo mismo dígame del estilo—no en todo momento pulido,—prieto y jugoso en los pasajes de narrar y meditar, eficaz en los diálogos y siempre de recia entraña castiza, y por tanto, a semejanza de pesante armadura para músculos de héroe solariego, no tan flexible como el gusto moderno y el temple de nuestra era analítica exige, imponiendo a la elocución la gracia serpentina del tenue velo tendido, que dócil se pliega y responde a los mínimos juegos de la caprichosa brisa falaz...

Una obra literaria no perdura ni por sus solas ideas ni por su aislado estilo, sino merced a la suma de virtualidades estéticas y morales que en ella se anudan, vale decir, gracias al conjunto de su vitalidad, y tal secreta fama es la que la enciende y anima, bajo el viento frío de los años y el pasar destructor de las generaciones, cada una atenta a su propio sueño, el cual la sucesora negará o encarnecerá. En Galdós que, sin duda, si se le compara con otros novelistas del mediodía europeo, cultivadores esclavos de la estirpe de Dostoyevsky o Tolstoy, buzos sagaces de los oscuros dominios del ser, vibrantes de instinto trágico, aparece un tanto yermo, por ceñido a lo meramente fenomenal del hombre y el universo, hay, sin embargo, fuego, para arder años y años. Su hervor de vida supera a cuanto bulleron en la literatura novelística peninsular, a partir de los días de Cervantes hasta los de hoy, en que el abigarrado y hercúleo Baroja, primero que labra, aboceta, a rojo y negro.

Y hay más. Frente a una tradición multiseccular que contó en su apoyo con las más preclaras mentes peninsulares — ¡cuál ingenio español desde los tiempos de San Isidoro hasta los de Balmes no fué servidor celoso de la Iglesia? — él se irguió hostil, con valentía émula de la de los heréticos de los años de la inquisitorial hoguera, y sin mellar un punto su tenacidad perseveró, cuanta fué su existencia, en la empresa en cuya victoria fió la salvación de su pueblo. Si ello le despeñó en ocasiones en un dogmatismo al revés y tornó, un tanto, su arte en preconcebido y mecánico, deparóle en cambio, Ajax de ensueños hermosos, rasgo formidable y único en la estepa intelectual de su época. Amó la vida y censuró el misticismo, entiéndase aquí que postra al hombre ante sórdidos altares así sean los de Ignacio de Loyola o los de Carlos Marx, no el que lo alza hasta la altura de las blancas estrellas, impregnadas del espíritu de Dios, sin cuya ala de esplendores, ruedan al no ser individuos y naciones. Fué un combatiente, y no sólo enluta su muerte a los pueblos de Cervantes, sino a todas aquellas almas pródigas que pretenden dotar la vida sobre la avara tierra de más amor y más luz...

Buenos Aires, Enero de 1920

Abel Pinó

Galdós

por

Carlos Malagarriga

MUY cerca estamos de Galdós para apreciar la grandeza de su genio; pero, con todo, bien puede afirmarse desde ya, y sin temor de que la posteridad rectifique el aserto, que en la literatura española sólo con Cervantes puede Galdós ser comparado. Están ambos, ha dicho Pérez de Ayala, como dos altas montañas, fronteras y mellizas, separadas por un hueco de tres siglos, y de una a otra hay vallecicos, venas de agua caudalosa, cerretes, lomas y collados y también montes, muy empinados y majestuosos, pero ninguno alcanza la altura de aquellas dos montañas, mellizas y señeras.

Para la apreciación de la obra galdosiana quizá conviniere, como hiciera cierto viajero ilustre para dar idea de la grandiosidad de la basílica romana, consignar algunas cifras. Galdós, en efecto, asombra ante todo por su fecundidad extraordinaria,



revelada en muy cerca de cien novelas y obras dramáticas, producto de casi medio siglo de trabajo constante. Abárcase en ellas una centuria de vida hispana y sólo en los cuarenta y seis maravillosos «Episodios Nacionales» muévense más de mil quinientos personajes, representativos de todas los aspectos de aquella vida y de las facetas todas del alma compleja y varia de aquel país.

Pero, con ser inmensa, no es la extensión de la obra galdosiana lo que contribuye más al carácter inmortal que ella asume. Es un conjunto de cualidades único, en el que no se sabe qué admirar más, si la profundidad filosófica, la valentía ideológica, la prodigiosa potencia imaginativa o la gracia inimitable del estilo.

Del hondo sentido filosófico de Galdós son muestras magníficas «El amigo manso», «Nazarín», «Los condenados», «Alma y vida», «Amor y ciencia», y de su valor en la exposición de ideas y doctrinas son prueba «Doña Perfecta», «Gloria», «La familia de León Roch», «Electra», «El abuelo», «Casandra». Sin embargo, la preocupación por los más altos problemas es general en toda la obra, como es constante a través de ella el amor a la libertad y la aspiración hacia una mayor justicia en las relaciones económicas entre los hombres.

Es este último un aspecto quizá poco estudiado de Galdós. El interés y el entusiasmo se han dirigido más bien a su anticlericalismo que culminó en «Electra». Pe-

ro tan vigorosos como sus ataques a la Iglesia han sido los que llevó contra el régimen capitalista y la desigualdad económica.

Nunca, sin embargo, podrá decirse que Galdós careció de comprensión, de tolerancia y de serenidad. Nada más injusta que la calificación de sectaria que, aparte de su obra se ha dado por ciertos elementos. Están ambos, ha dicho Pérez de Ayala, como dos altas montañas, fronteras y mellizas, separadas por un hueco de tres siglos, y de una a otra hay vallecicos, venas de agua caudalosa, cerretes, lomas y collados y también montes, muy empinados y majestuosos, pero ninguno alcanza la altura de aquellas dos montañas, mellizas y señeras.

Para la apreciación de la obra galdosiana quizá conviniere, como hiciera cierto viajero ilustre para dar idea de la grandiosidad de la basílica romana, consignar algunas cifras. Galdós, en efecto, asombra ante todo por su fecundidad extraordinaria,

revelada en muy cerca de cien novelas y obras dramáticas, producto de casi medio siglo de trabajo constante. Abárcase en ellas una centuria de vida hispana y sólo en los cuarenta y seis maravillosos «Episodios Nacionales» muévense más de mil quinientos personajes, representativos de todas los aspectos de aquella vida y de las facetas todas del alma compleja y varia de aquel país.

Pero, con ser inmensa, no es la extensión de la obra galdosiana lo que contribuye más al carácter inmortal que ella asume. Es un conjunto de cualidades único, en el que no se sabe qué admirar más, si la profundidad filosófica, la valentía ideológica, la prodigiosa potencia imaginativa o la gracia inimitable del estilo.

Del hondo sentido filosófico de Galdós son muestras magníficas «El amigo manso», «Nazarín», «Los condenados», «Alma y vida», «Amor y ciencia», y de su valor en la exposición de ideas y doctrinas son prueba «Doña Perfecta», «Gloria», «La familia de León Roch», «Electra», «El abuelo», «Casandra». Sin embargo, la preocupación por los más altos problemas es general en toda la obra, como es constante a través de ella el amor a la libertad y la aspiración hacia una mayor justicia en las relaciones económicas entre los hombres.

El maestro Galdós

LA muerte produce siempre en el corazón un estremecimiento involuntario de cobardía. La desaparición de un gran hombre deja un vacío que ya nadie vendrá a ocupar; y solemos llorar, no por el que se va hacia una vida mejor, sino porque se va dejándonos más solos de lo que estamos. Pero, fuera de este estremecimiento, para los espíritus bien templados, que saben mirar cara a cara hacia la vida, la muerte sólo puede ser un motivo de profunda y serena meditación. Es sensible ver que el maestro desaparece; mas su muerte no es nunca comparable a una luz que se extingue; resulta más bien un nuevo foco que se enciende capaz de iluminar el camino.

El maestro que muere, al descender a la tierra, renace íntegramente en el corazón

de los que le aman. Su doctrina adquiere milagrosamente el cálido poder de la inquietud y temblante fama; parece revivir, irradia luz y calor. Llega el momento en que se recogen todas sus palabras, en que se recuerdan con admiración todas sus acciones, en que todo lo suyo es reliquia que se presenta a nuestros ojos como lección huiñosa capaz de guiarnos y mejorarnos.

Al morir un hombre como Pérez Galdós, que fué un gran maestro, su obra educadora, serena y llena de gracia, deja de ser patrimonio de un puñado de discípulos y admiradores para convertirse en rica herencia de la humanidad. Porque entonces hasta los espíritus más tímidos, hasta los admiradores más modestos, hablan, y el mundo se entera de la existencia del maestro, que, al morir, sigue viviendo en su obra y empieza a vivir para los que no tuvieron noticia de su existencia hasta la hora de su muerte. Así, después de una vida laboriosa como la de Galdós, en que se ha luchado valerosamente y sin desmayo por el arte, la cultura y la libertad de un pueblo, la muerte viene a ser coronamiento de la obra, por ser el principio de la glorificación y de la difusión eficaz de sus enseñanzas.

Pérez Galdós fué sencillamente genial: la naturaleza, como queriendo hacer de él maestro perfectísimo, le privó de esas cualidades oratorias que han hecho de tantos españoles ilustres deplorables charlatanes; su elocuencia estaba en los puntos de su pluma, y la empleaba sólo en la soledad, donde no suenan bien los párrafos altisonantes ni es necesario el gesto de histrión para convencer. Por eso su prosa es llana y fluida como ninguna, sencilla y sin desplantes. Y con ese estilo claro, que es una de sus características, nos ha dicho cuanto tenía que decir, sin que nadie tenga que devanarse los sesos para entenderlo.

En los «Episodios Nacionales», en sus novelas, en las comedias que a su pluma se deben, nos deja la verdadera historia del carácter hispano en un largo período. En esa obra, copiosísima, está España entera con todos sus vicios y virtudes: con sus entusiasmos locos y heroicos y sus adormecimientos fatales; con el arraigo poderoso de la barbarie del pueblo capaz de gritar «¡vivan las caenas!» y de alistarse en los bandos carlistas, y sus héroes circunstanciales como el triste Riego, y sus varones fuertes y pundonorosos como el alcalde de Móstoles y el general Alvarez; con sus marinos desgraciados y valerosos que saben hacer de Trafalgar una derrota glorificante; con sus fanáticos como Doña Perfecta y sus bandidos a lo Pantoja...

Amante de la humanidad, enamorado del progreso, Pérez Galdós no se desmintió nunca; luchó siempre contra todos los prejuicios, como sano maestro que quiere llevar a todos a comprender las realidades del progreso y los beneficios incalculables de la libertad y de la justicia es toda ella de un realismo encantador; de ese realismo de pura cepa española, en que se distinguieron el Arcipreste de Hita, Lope de Vega y tantos otros ingenios que son orgullo de nuestra literatura.

Ahora, para glorificarle, sirviendo a la causa que defiende la dignidad humana, nuestra mejor labor será la de difundir las sabias enseñanzas del maestro.

Rafael Ruiz López

Esperar lo inesperado es señal de un espíritu profundamente moderno.

Oscar WILDE.

Los gansos del Capitolio

por

Joaquín V. González

También Clarín desea asociarse a los homenajes que se han tributado a «La Nación» con motivo de su cincuentenario. Nada mejor para ello, que hacer revivir en esta sección una página de uno de sus más insignes colaboradores, donde, con suma maestría y fidelidad, se ha trazado la semblanza de los descendientes del patricio ilustre, que siguen realizando labor trascendental.

BAJO techumbre magnífica de saucos casi centenarios, adormecía sus aguas veladas por el verde tul de los follajes vecinos, el estanque de la alquería, donde imperaba con su blancura regia la familia favorita de los Gansos, de cuellos serpentinos, movimientos infantiles y gritos como sonidos de caña rasgada.

De mucho tiempo atrás venía la descendencia de esta estirpe en la finca señorial, y sus dueños, biznietos de ilustres fundadores, habituáronse a mirarlos con veneración, como animales sagrados de un culto invisible.

Se les creía de «buena sombra» en la casa, se narraban ejemplos de saludable influencia en los sucesos domésticos, y ellos gozaban del condigno privilegio de la gran piscina, de las primicias de la huerta, hortaliza y granero, y de las golosinas que manos tiernas y blancas les daban con caricias sugestivas de los cañaverales de la antigua Arcadía.

Las demás aves y cuadrúpedos útiles de la quinta, si bien silenciosos y resignados ante esta desigualdad, que sólo la fuerza del hábito mantenía, no dejaban de conversar en sus horas de reposo y recogimiento sobre el asunto, y como ocurre con pueblos de larga historia, no veían en horizonte alguno vislumbre de la anhelada reparación. Y para colmo de desventura, los Gansos aquellos aturdirían toda la comarca a toda hora del día y de la noche con sus estridentes gritos que el eco transmitía mucho más lejos, acaso hasta los últimos puestos donde dormían tal vez los centinelas del Capitolio... Pero los únicos que no dormían eran los demás pobres bestias de labor, los que necesitaban descanso, los que tiraban arados, carros, coches, norias; los que llevaban de huevos las nidadas y surtían de sabrosos pichones, las sartenes y asadores; los que cuidaban los rebaños y los conducían a pacer por las colinas y los valles; los que daban leche fresca, substanciosa y abundante a la familia y a la servidumbre; los que con sus cantos y vuelos naturales hacían la música de la selva y el encanto de los señores y sus visitantes.

Un Terranova, de mullido vellón rosa obscuro, íntimo amigo de los niños y morador de las habitaciones más privadas, atreviéndose un día a informar a su amo de la situación

Que tu inteligencia siga atentamente todo lo que se dice y que penetre los hechos y las causas.

Marco AURELIO.

de espíritu del pueblo inferior, y de que en los establos, gallineros, estanques, cubiles, palomares y jardines, se murmuraba y se gruñía y se hablaba de injusticias y se quejaban de privaciones de unos y holganzas de otros, cuya única ocupación era la de vagar durante el día y aturdir con sus gritos durante el día y la noche a título de alerta, que era en realidad alarma constante de peligros imaginarios.

Sonrió el señor por este que creyó un respetable chisme de corral, y acariciando la sedosa lana del mastín, le dijo:

—Estéanse tranquilos y dejen a los pobres gansos, que ningún mal hacen, y en cambio alegren la casa y advierten a los demás las posibles incursiones nocturnas de zorrinos, comadrejas, hurones, zorros y otras sabandijas que hacen tanto daño.

—¿Qué equivocado está el amo—atreviéndose a replicar el mimado Terranova—si cree que esos pajarracos sirven de algo! Le contaré que la otra noche un zorro se introdujo sigilosamente por el albañal del estanque de los Gansos, y llegando hasta el galinero de los Orpington, iba a arrebatarse la mejor polla, cuando el pequeño Fox-terrier lo sintió y con un valeroso ataque hizo huir al ladrón... Los Gansos largaron entonces sus gritos más resonantes y todos dijeron que gracias a ellos se había salvado el plantel de Orpington. ¿Qué injusticia, mi amo, qué injusticia!

Y a la noche todos los animales de la quinta celebraron asamblea confidencial, a la luz de las estrellas, y en voz baja, para no ser sentidos por algún delator de los que nunca faltan en toda conspiración, trataban de su desairada y molesta condición en compañía de los Gansos y procuraban explicarse el abuso de los gritos de éstos, por alguna enfermedad que les hubiese sobrenado por excepcional abundancia de rapaces en la región, o por cualquier otra causa.

—¿Aquí ya no se puede pegar los ojos ni un instante!—gruñó uno de los bueyes de la yunta de labranza, echado todavía junto al arado—por esos malditos que gritan por cada ráfaga de viento que pasa!

—¿Deben estar enfermos de miedo!—congeturó un galgo vecino que dormía sobre un lecho de paja.

—O creerán que los amitos van a dejar sus camas a la media noche para darles bizcochos en la palma de la mano!—sugirió un blanco y mimoso fox-terrier.

—No será—agregó con cierta sorna el Gallo del país—que pretenden anticipar la venida del día e ignoran como se canta para hacerlo levantar!

En esto, el gato de la Biblioteca, que allí tenía su morada, pero que excursionaba con harta frecuencia fuera de ella, por la noche y se había filtrado allí sin ser sentido, al oír la animada conversación, no pudo suprimir su impulso erudito, y no sin asombro de los contentillos para la brusca aparición, les dijo en aire doctoral:

—Compañeros, no hay que devanarse los sesos en cavilaciones tan graves. Las cosas más enormes tienen siempre una explicación muy sencilla y por eso uno no la en-

cuentra. Aquí no se trata sino de un caso de «modus vivendi» de esta familia de los Gansos, cuyos antepasados allá en época muy antigua, se dice que salvaron a Roma de un ataque nocturno de los Bárbaros, porque gritaron a tiempo para despertar a la guardia de la ciudad. La gratitud de Roma fué tanta hacia ellos que hasta llegaron a divinizarlos y adorarlos como a dioses; desde entonces no trabajan, creen que siempre deben vivir del Estado y de la admiración pública, y como han llegado a saber que con sus gritos sus antepasados salvaron una vez la patria, cada vez que necesitan algo, aunque sea sin motivo, gritan... Y eso es todo, amigos míos, no les hagan caso...

Por los pueblos cantábricos

La noche de todos los días

Viento... luna... calma... sueño... Ni un ladrar de perro en la lejanía, ni una voz, ni una luz, ni siquiera una puerta a medio abrir.

Todo cerrado. ¿Señor, qué silencio más angustioso!

En las callejas absurdamente pinas, los pasos tienen resonancias misteriosas de claustro. Huyen los gatos ante mi sombra de luna rota en las paredes y unos ojos acechan tras unas celosías.

Es la noche de todos los días. Noche azul en las casas encaladas, azul en el cielo, azul en el campo sólo con sus árboles y la sombra de sus árboles sin rumores...

La torre de la iglesia, erguida de entre la penumbra como índice apuntando al cielo, da una campanada.

De pronto, al final de una calleja aparece un bulto con un chuzo en la mano y en el extremo del chuzo un farol de luz muy rojiza que gotea de rosa los cristales, las paredes, los guijarros, las aceras... Se detiene y canta en la noche:

¡La unaza y mediana y serenoooo!

Mi errar noctámbulo termina. Voy hacia casa pensando que tal vez ha de llegar el alba y ha de encontrarme insomne charlando con el bueno del Arcipreste de las cosas del amor...

Momento

(Es la hora de la siesta. La calle de San Roque duerme el sueño, más largo del día. En el portal pintado de azul, en frente, dormita una vieja hecha un orillo. Más abajo, atado a una argolla de la pared, hoy un pollino con albarda colorada que de vez en cuando sacude la cola y hace temblar una oreja a cada picadura de mosca.)

Sol y silencio. De pronto, dobla la campana mayor. La vieja abre los ojos... Apurado, sudoroso bajo su quitasol verde, pasa el cura párroco Don Esteban.)

La vieja.—¿Quién se ha muerto, señor cura?

El cura.—Una muy vieja. Clotilde.

La vieja.—Dios la tenga en el cielo.

El cura.—Amén.

(Don Esteban sigue apurado calle abajo.)

La vieja, durante unos minutos sigue hablando sola. Al fin, vuelve a dormir.

El sol, un sol de carretera castellana, lo cubre todo de una blancura asfixiante de horno de cal. Después de las campanadas vuelve el silencio hostezador y largo y, atado a la argolla de la pared, el pollino de albarda sigue moviendo de vez en cuando las orejas.)

Valentín Méndez Calzada



La lucha por la libertad

LA vida del hombre, individual o socialmente considerado, no es sino un himno entonado diariamente a la libertad.

Ser libre, moral y materialmente: he ahí la aspiración de todos los hombres, en todas las épocas, traducida en una continua lucha.

Un principio general biológico nos enseña que, tanto en el reino animal, como en el vegetal, no es posible contrariar la naturaleza sin poner en peligro la vida del sér. En otros términos, la vida se desarrolla en armonía con las leyes naturales que condicionan el medio.

Algo análogo pasa con la vida de los pueblos, sin que este similitud se nos ocurra exacto, nos lleve a encuadrarnos dentro del majadero concepto puramente organicista de la sociedad.

Pero es una verdad—y la historia da cuenta cabal de ello—que, cuanto más opuesta es una institución o ley a la libertad individual, natural, tanto más comprometida está su duración y su práctica.

La aspiración de libertad, traducida en una instintiva resistencia a la opresión, es, pues, un carácter específico, inherente al linaje humano, y no hay razón ni artificio alguno capaz de destruirla, aunque pueda temporariamente adormecerla.

La democracia en boga—que, desde luego, pasa por una crisis, en cuanto su orientación, hasta hoy obedeció a un principio de clase burguesa—ha proclamado como un problema básico la libertad civil y política; pero de allí no ha pasado.

Evidente error, pues solo contempla un aspecto superficial de la cuestión social.

El problema básico es indudablemente el económico, el cual se traduce, claro está, en cuestión política. Pero hay una base económica que es fundamental y de ella derivan las demás cuestiones. Por eso, mientras la democracia proclame la igualdad civil y política, olvidando la independencia económica de cada individuo, la desigualdad subsiste a pesar de todo palabrerío.

No es posible hacer vida democrática, es decir, vida de igualdad, libertad y fraternidad, si la mayoría de los hombres que componen la democracia se encuentran en una situación de verdadera subordinación económica, puesto que no ganan en proporción a lo que trabajan.

Las declamaciones demagógicas terminan donde comienza el análisis del problema económico. Ya en este terreno, sobran pedanterías científicas y charlatanerías políticas. La hora actual llama a los hombres sensatos para que, libres de prejuicios, mediten sobre la posibilidad de armonizar una sana democracia con la actual forma de organización de la producción; si la organización del trabajo libre, que lleva a producir sin clases, es repugnante a los verdaderos principios de la democracia, etc.

Son estos problemas terribles los que se plantean actualmente a la democracia que, lentamente, avanza.

Si se examinan bien los principios de

los cuales la democracia ha hecho bandera, se observará que lo que está en crisis en el mundo no es el programa democrático, sino una cierta práctica de democracia a dosis homeopáticas, que los pueblos han sufrido, sin abandonar las esperanzas de una rectificación para volver a los principios fundamentales sintetizados en el lema: libertad, igualdad y fraternidad.

Arturo González Arce

Es justicia

POCAS satisfacciones intensas experimenta desde algún tiempo la juventud argentina. No obstante, de vez en cuando ciertos acontecimientos inesperados compensan tal ausencia de emociones gratas. Entre las postreras, cabe citar aquel ataque a la gente conservadora llevado a cabo por don Pablo Groussac en el discurso pronunciado con ocasión al homenaje que le tributó la revista «Nosotros», y la serie de artículos que en «La Prensa» viene publicando don Juan Agustín García.

Al autor de «La ciudad indiana» le debe el país inestimables presentes: el de su noble serenidad en instantes de agitación inquieta; el del interés que despertara otrora por Taine y por Renán; el de su elegante estilo, cuya tersa pulcritud se engarza en una elocución sencilla y fuerte. Pero el país puede echarle en cara—por contraste—el pequeño fruto que ha brindado en relación con la buena y copiosa cosecha que de él justificadoamente se esperara. Sin embargo, no insistamos al respecto, pues en más de una ocasión varios escritores jóvenes censuraron su manifiesta falta de laboriosidad.

Hoy, como decimos, vémosle después de largo silencio, empujando aquella pluma que borroneara las páginas amenas de «Las memorias de un sacristán», y advertimos con gozo que retorna al trabajo, y observamos complacidos como conserva las virtudes esenciales que lo adornan: aquella serenidad, aquella medida firme para sustentar sus opiniones, aquel armonioso estilo de natural simplicidad.

El doctor García acaba de expresar rotundamente en «La Prensa» su parecer desfavorable sobre esa farsa indigna que lleva por título «La Gran Colecta». Acaba de redactar unos artículos acerca de la procer figura de Juan Bautista Alberdi, como respuesta a la actitud vergonzosa del rotativo de la familia Mitre; en uno de esos artículos hasta apuntaba entre líneas un directo ataque al patriotismo que hoy se amontona alrededor de la Liga. Es así como el culto catedrático entiende sus deberes del momento. Es así como da una lección a los que, pusilánimes, ocultan sus ideas por temor de comprometerse o de lesionar intereses creados, y a los que, calculistas, tratan de no perder el equilibrio al pisar la cuerda floja de la cuestión social. Aprendan del doctor García esos hombres que no se definen y que podrían hacerlo comodamente: Joaquín González, Rodolfo Rivarola, Ramón Cárcano, Pascual Guaglianone, Mario Sáenz y tantos otros. La juventud argentina gusta hoy de los que cara a cara no dudan en exponer su íntimo pensar.

Por eso estima que es de justicia tributar al Sr. García el merecido aplauso de los hombres liberales de la República.

Jorge David Requena

Tiros al aire

¡Colossal!

De «La Nación» del 4 de enero: «Diversas adhesiones: El maestro don Pedro Sánchez ha compuesto un hermoso tango para piano: «La Nación», cuyo original nos ha remitido». (Con motivo del cincuentenario).

De «La Razón» del 8 de enero: «Al este respecto, cabe añadir que el vendedor de diarios es un comerciante feliz; realiza tres veces al día su capital, con una utilidad del 50 por ciento cada vez; no tiene riesgo alguno, pues hasta la devolución de los ejemplares no vendidos lo pone al amparo de todo fracaso».

Ya lo sabemos: «el vendedor de diarios es un comerciante feliz».

Sin comentarios.

El doctor Carlos F. Gómez, miembro del directorio de «La Forestal», sociedad-colono del norte de la República, dice en «La Nación» del 8 de enero, a propósito de la huelga de sus millares de obreros:

—¿Qué pretenden los obreros? —Pretenden que se reciba nuevamente a algunos obreros que la compañía despidió antes, y, entre otras cosas risueñas, que se les provea de impermeables.

¿Se imagina usted a los correntinos acarreado rollizos o hachando en los bosques en traje de goma?

Después pedirán pasadores de papel para trabajar al sol, ellos, los mejores y más guapos trabajadores de la República, a quienes he visto hace pocos años sin más adorno que una vincha en la frente, trabajar de sol a sol hasta quince horas al día en las faenas más fuertes del campo, lo mismo domando un potrero en pelo que volteando un toro furioso de las astas, y ganaban entonces solamente 15 pesos al mes y eran felices. Ahora ganan hasta 200 pesos y más, gozan de las comodidades de la vida civilizada, y no ellos, sino los agitadores extranjeros les reclaman grandes comodidades, cuando los correntinos, nuestros obreros están hecho a todo.

Así es el hombre, descontento por naturaleza. Un correntino hecho a todo, como un jamelgo de plaza, que era feliz con 15 pesos al mes, trabajando 15 horas al día en las faenas más fuertes del campo, ¿para qué quiere impermeable, ni ocho horas de trabajo y un salario mejor?

¡He aquí—diría un novecentista—el resultado de las doctrinas materialistas que llegaron a colarse hasta en la selva chaqueña!

El cebo

Rumores insistentes tratan de sembrar la inquietud en nuestro pueblo. Háblase de fuertes conmociones, a raíz de probables revueltas obreras. Quienes se encargan de difundir tales noticias buscan desorientar a las fuerzas proletarias. Así lo expresa la F. O. R. A. en su reciente declaración. En guardia, pues: ¡a cultivar la tranquilidad, que es planta que florece en verano!...



Ediciones "Virtus"-Florida 32
U. T. 3894, Av. - Buenos Aires

CeDInCI



ab imo
péctore